

intelectualmente por mantener el núcleo teológico de la fe cristiana frente al pensamiento idealista que dominó el siglo XIX.

J. M. Odero

John BOWDEN, *Who's who in Theology*, London 1990, 152 pp., 13,5 x 21,5.

El objetivo de este libro es, tal como señala su autor, ofrecer al lector una introducción en el conocimiento de los más destacados pensadores cristianos que ha habido desde el final del período del nuevo testamento hasta nuestros días. El destinatario del libro es el público no especializado y la obra tiene un carácter primordialmente divulgativo, aunque podría ser útil también a los estudiantes de teología.

En la línea de otros libros de este tipo, J. Bowden, director gerente de la editorial SCM, ofrece, siguiendo un orden alfabético, una breve noticia de cada uno de los teólogos escogidos. En poco más de quince líneas el autor resume los rasgos fundamentales de la vida y obra de cada teólogo, apuntando también cuáles fueron sus temas fundamentales de reflexión. En un apéndice se presenta por orden cronológico la lista de los Papas con los datos más relevantes de cada uno de ellos.

En favor del autor hay que decir que el libro no pretende ser una enciclopedia, por lo que quedan justificadas en cierto modo las lagunas y omisiones que sin duda el especialista detectará. Sin embargo, llama la atención el criterio seguido en la selección de los personajes. En el prólogo el autor advierte que más que los teólogos le interesa el pensamiento teológico. Aun así es dudoso que bajo ese amplio epígrafe quepan autores como T. W. Adorno, K. Marx o J. Derrida. Parece algo irónico

e incluso poco respetuoso con las convicciones de Marx incluirle en un libro sobre teólogos. Por otro lado, se echa de menos entre tantos autores la mención de algunos importantes teólogos como Melchor Cano, J. B. Franzelin, J. Coppens, C. Spq o R. Latourelle, por citar sólo a algunos.

Es de agradecer el esfuerzo del autor por intentar resumir en breves líneas los rasgos característicos de cada teólogo. El libro —su mismo autor lo dice— busca sólo estimular el apetito e incitar al lector a profundizar en las diversas figuras que se presentan. Para el teólogo el libro es claramente insuficiente, sin embargo, podrá serle útil para encontrar una primera referencia de algunos autores contemporáneos, especialmente del ámbito anglosajón.

F. Conesa

Donald WIEBE, *The Irony of Theology and the Nature of Religious Thought*, McGill-Queen's, London 1991, XIV + 261 pp., 15,5 x 23,5.

La tesis central del libro que reseñamos es, cuando menos, provocadora y sorprendente. D. Wiebe, profesor de teología en la universidad de Toronto, sostiene que la teología es perjudicial para la religión y el modo religioso de pensar. Esta es, según el autor, la ironía de la teología.

La base para sostener esta tesis se encuentra en la distinción presente en las obras de Lévy-Bruhl entre el pensamiento mitopoético primitivo y el pensamiento científico y filosófico. Wiebe sostiene que el pensamiento religioso es mitopoético mientras la teología —que versa sobre la religión— es un pensamiento similar al de la ciencia moderna.

La argumentación que usa el autor para sostener su tesis tiene un tono pre-

dominantemente histórico. Para Wiebe fueron los presocráticos quienes crearon un nuevo modo de pensar que trascendía el pensamiento mítico y prefilosófico. El pensamiento platónico introdujo este modo de pensar en el cristianismo. El surgimiento de la teología como disciplina académica entre los siglos XI y XIII sería fruto, según Wiebe, de la progresiva platonización del cristianismo.

Como el lector fácilmente advertirá esta tesis es sostenible sólo sobre la base de una definición reductiva de los conceptos de teología y de religión. El pensamiento religioso es reducido, siguiendo a Lévy-Bruhl, a pensamiento mítico, es decir, un modo de pensamiento no racional ni cognoscitivo. Por teología se entiende exclusivamente la «teología académica», la cual es definida como «discurso sobre Dios», y es distinguida de la «teología» —entre comillas y en sentido impropio— que sería la necesaria asunción intelectual de la fe por parte del creyente culto. Es obvio que entre pensamiento mítico y el científico existe una gran diferencia. Lo que es mucho más discutible es la asimilación del pensamiento religioso al mítico y del teológico al científico.

En los aspectos formales es de destacar la cuidada edición del libro, su amplia bibliografía así como el rico manejo de fuentes filosóficas, históricas, antropológicas y sociológicas del autor.

Nos encontramos, pues, ante un libro provocativo, que mantiene una tesis muy controvertida y que será de interés no tanto para teólogos como para estudiosos de la religión.

F. Conesa

Ernst TROELTSCH, *Religion in History*, T&T Clark, Edinburgh 1991, X + 386 pp., 13,7 x 21,5.

J. L. Adams ofrece en este libro la traducción inglesa de algunos de los ensayos más importantes de E. Troeltsch en relación con el carácter histórico de la cultura, el conocimiento y la religión. E. Troeltsch (1865-1923) fue uno de los más influyentes teólogos liberales de su tiempo. Desarrolló su labor docente en la Universidad de Heidelberg como profesor de teología y en la de Berlín como profesor de filosofía. Junto a su actividad intelectual, mantuvo una intensa actividad política, llegando a ser secretario del ministerio prusiano de oración pública y parlamentario.

Los ensayos son presentados de modo temático bajo tres grandes epígrafes: a) método en teología y religión; b) la fe cristiana y la ética; c) el espíritu moderno. E. Troeltsch, cuyo pensamiento estuvo influenciado por Dilthey y Ritschl, es considerado como el teólogo de la escuela de historia de las religiones. En el primer ensayo de la colección, que versa sobre el método histórico y dogmático en teología, comparecen ya las ideas centrales del autor: es preciso acentuar la importancia de la historia, con la consiguiente relativización del conocimiento y de las instituciones. Siguiendo las directrices de la escuela de historia de las religiones, Troeltsch considera que no es posible la distinción entre religión natural y revelada y que no existe una religión que pueda sustituir a las demás. La historia, según el autor, nos conducirá a encontrar una unidad de origen en todas las religiones, hasta el punto de que todas ellas no sean más que cristalizaciones de la fe religiosa, que crea la religión o los dogmas y los ritos de las mismas. Todas las religiones tienen para el autor el valor histórico de ser manifestación de ese principio común y en sí todas tienen un mismo valor. La distinción entre ellas es meramente de intensidad.